



PARTE I. 1487. extraordinario entusiasmo de los pueblos por la prosecucion de esta guerra. A 7 de Abril, poniéndose el rey D. Fernando á la cabeza de esta hueste formidable, salió de la hermosa Córdoba, en medio de las alegres aclamaciones de sus habitantes; aunque algun tanto se entibieron éstas por el funesto accidente de un terremoto que en la noche anterior habia destruido una parte del palacio real y otros edificios. Despues de haber atravesado el ejército el rio Yeguas y la antigua ciudad de Antequera, entró en un terreno áspero y montuoso que se estiende hácia Velez: los rios estaban tan crecidos por las grandes lluvias, y los pasos tan malos y difíciles, que hubo dias en que no pudo adelantar mas que una légua, y llegó el caso de que, no encontrando ningun paraje donde acampar en el espacio de cinco leguas, agobiados los hombres de cansancio desfallecian bajo el arnés, y las acémilas se caian muertas bajo la carga. Por último, á 17 de Abril, el ejército español asentó sus reales delante de Velez-Málaga, adonde á los pocos dias le llegaron los mas pequeños ingenios de batir, no habiéndose podido llevar los mas grandes, porque los caminos no lo permitieron, sin embargo de los inmensos trabajos con que se habia procurado componerlos <sup>1</sup>.

Derrota del Zagal.

Conocian muy bien los moros la importancia de Velez para la seguridad de Málaga, y fué tal la sensacion que produjeron en Granada las noticias del peligro de aquella plaza, que el veterano caudillo el Zagal se creyó en el caso de hacer un esfuerzo para libertar á la ciudad sitiada, á pesar de la crítica situacion en que su ausencia habia de dejar sus negocios en la capital. Se vieron durante el dia nubes de enemigos que coronaban las alturas, las cuales por la noche aparecian luminadas con multitud de hogueras, y Fernando necesitó desplegar toda su vigilancia para proteger su campo contra las asechanzas y las sorpresas nocturnas de su astuto enemigo. Pero al fin, el Zagal, frustrado su bien dispuesto plan de sorprender el campamento cristiano por la noche, fué desalojado de las montañas por el marqués de Cádiz, que le obligó á retirarse á su capital, malograda completamente

<sup>1</sup> Vedmar, Antigüedad y Grandezas de la ciudad de Velez (Granada, 1652), parte 3<sup>a</sup>, cap. 70.—Carvajal, Anales, MS., año 1487.—Bleda, Crónica, lib. 5, fol. 148.—Mariana, Hist. de España, lib. 25, cap. 10.—Pulgar, Reyes, Católicos,

su empresa. Allí le habian precedido las nuevas de su infortunio. La veleidosa muchedumbre, con quien la mala suerte pasa por desacierto, olvidada de sus antiguas victorias, se apresuró á trasladar su adhesion á su rival Abdallah, cerrando al Zagal las puertas de la ciudad; y aquel desgraciado caudillo tuvo que retirarse á Guadix, que con Almería, Baza y algunas otras plazas de menor consideracion, continuaba fiel á su causa <sup>2</sup>.

Fernando dirigió todo el sitio con su vigor acostumbrado, sin economizar los trabajos ni las fatigas personales. En cierta ocasion, viendo que una banda de cristianos se retiraba desordenadamente ante un escuadron enemigo que los habia sorprendido, mientras estaban fortificando una eminencia contigua á la ciudad, el rey, que se hallaba comiendo en su tienda, salió con precipitacion sin mas armadura defensiva que el peto, y montando á caballo atacó terriblemente, y se arrojó en medio de los enemigos, consiguiendo rehacer á los suyos; pero en lo mas recio de este trance, cuando habia descargado la lanza, se encontró con que no podia sacar la espada que llevaba pendiente del arzon. Al punto se vió asaltado de multitud de moros, y hubiera sido muerto ú hecho prisionero si no acudieran pronto á su socorro el marqués de Cádiz y otro valeroso caballero llamado Garcilaso de la Vega, los cuales precipitándose en aquel paraje con los suyos, consiguieron despues de un terrible combate ahuyentar al enemigo. Los nobles que iban con Fernando le hicieron presente lo temerario que era esponer así su persona, diciéndole que podia servirlos mejor con su direccion que con su brazo; pero él les contestó "que no podia pararse á calcular sus riesgos cuando sus súbditos estaban á peligro de perder la vida por su causa:" contestacion, dice Pulgar, que le granjeó el amor de todo el ejército <sup>3</sup>.

Al fin, los habitantes de Velez, viendo la ruina que les amenazaba por el bombardeo de los cristianos, cuyo rigoroso cerco, así por mar

Peligro que corrió Fernando.

Rendicion de Velez.

<sup>2</sup> Cardonne, Histoire d'Afrique, et d'Espagne, t. III, pp. 292, 294.—Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra.—Vedmar, Antigüedad de Velez, fol. 151.

<sup>3</sup> L. Marineo, Cosas memorables, fol. 175.—Vedmar, Antigüedad de Velez, 150, 151.—Mármol, Rebelion de

moriscos, lib. 1, cap. 14. En memoria de este suceso, la ciudad añadió á su escudo la figura de un rey á caballo en el acto de traspasar á un moro con la jabalina. (Vedmar, Antigüedad de Velez, fol. 12.)

PARTE I. como por tierra, les quitaba toda esperanza de recibir socorro, convinieron en capitular bajo las condiciones acostumbradas de asegurarles las personas, sus bienes y el ejercicio de su religion. A la capitulacion de esta plaza, verificada en 27 de Abril de 1487, se siguieron las de mas de veinte lugares de menor importancia que habia desde allí á Málaga, de suerte que el camino para esta última ciudad quedaba ya abierto á los victoriosos españoles <sup>4</sup>.

Descripcion de Málaga.

Aquella antigua poblacion, que bajo los árabes de España fué capital de un principado independiente en los siglos XII y XIII, solo era inferior á la misma metrópoli en el reino de Granada. Sus fértiles cercanías daban abundantes frutos de esportacion, y sus buenos puertos en el Mediterráneo le abrian camino á un tráfico provechoso con los diversos países bañados por aquel mar y con las regiones mas remotas de la India. Merced á estas ventajas, sus habitantes habian adquirido inmensas riquezas, que se ostentaban en la belleza de la ciudad, cuyos elegantes edificios, colocados segun costumbre oriental en medio de odoríferos jardines y de fuentes de agua cristalina, ofrecian el espectáculo mas placentero á los sentidos en aquel clima caluroso <sup>5</sup>.

La ciudad estaba rodeada de murallas muy fuertes y perfectamente reparadas. La dominaba una ciudadela, que por un camino cubierto se comunicaba con otra fortaleza, inespugnable por su posicion, llamada Gebalfaro, la cual estaba á la falda de la enriscada sierra de la Ajarquia, cuyos desfiladeros habian sido tan funestos para los cristianos. Hallábase la ciudad entre dos grandes arrabales, el uno á la parte de tierra que estaba rodeado de una fuerte muralla, y el otro mirando al mar y que tenia por delante una llanada de olivares y plantíos de naranjos y granados, juntamente con varios viñedos, que producian los frutos de que se llenaba aquel célebre mercado para la esportacion.

<sup>4</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 52.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, cap. 14.

<sup>5</sup> Conde duda si el nombre de Málaga es derivado del griego *malakê* que significa *agradable*, ó del árabe *malka*, que quiere decir *real*. Cualquiera de las

dos etimologías es bastante buena. (V. al Nubiense, Descripcion de España, p. 186, nota.) Respecto de los soberanos que reinaron en Málaga, véase á Casiri. Bibliotheca Escorialensis, t. II, páginas 41, 56, 99 y en otras partes.

Estaba Málaga bien preparada para un sitio y provista de artillería y municiones. Habíase reforzado su guarnicion con voluntarios de los pueblos inmediatos, y con un cuerpo de mercenarios africanos, que llamaban Gomeles, hombres feroces, pero de valor bien acreditado y sujetos á buena disciplina militar. El mando de aquel importantísimo punto le confió el Zagal á un noble moro llamado Hamet Zeli, que habia adquirido mucha fama en esta guerra por su valerosa defensa de Ronda <sup>6</sup>.

Hallándose Fernando en el sitio de Velez, habia recibido avisos de que muchos de los habitantes ricos de Málaga estaban dispuestos á capitular desde luego, para no esponer la ciudad á ser destruida, empeñándose en una resistencia obstinada. Fiada en esto, comisionó al marqués de Cádiz para abrir tratos con Hamet Zeli, autorizándole para hacer las promesas mas generosas, así al alcaide como á la guarnicion y á los principales vecinos de la ciudad, si se rendian inmediatamente. Pero aquel indómito gefe rechazó con desden la propuesta, contestando que estaba allí por su señor para defender la plaza hasta lo último, y que el rey cristiano no tenia bastantes tesoros que ofrecerle para que faltara á su fidelidad. Fernando, viendo que habia poca esperanza de quebrantar aquel carácter espartano, levantó su campo de Velez á 7 de Mayo, y se adelantó con todo su ejército hasta Bezmillana, lugar situado en la costa del mar, á unas dos leguas de Málaga <sup>7</sup>.

El ejército continuó su marcha por medio de un valle, cuyo estrecho mas próximo á la ciudad estaba dominado por dos alturas, la una en la costa, y la otra, que era una punta de la áspera sierra que cubria á Málaga por la parte del Norte enfrente de la fortaleza de Gebalfaro. El enemigo ocupaba estas dos posiciones importantes. Envió el rey un cuerpo de gallegos á desalojarle de la altura que miraba al mar, pero éstos no pudieron conseguirlo; y aunque por segunda vez los llevaron al asalto el comendador de Leon y el valiente Garcilaso de la Vega, volvieron á ser rechazados por el valor de los enemigos.

<sup>6</sup> Conde, Dominacion de los árabes, t. III, p. 237.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 74.—El Nubiense, Descripcion de España, not., p. 144.

<sup>7</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 82.—Vedmar, Antigüedad de Velez, fol. 154.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 74.

## PARTE I.

Terrible encuentro.

Igual suerte tuvo el ataque contra la Sierra, que dieron las tropas de la real casa, á las cuales hicieron retirar hasta guarecerse en la vanguardia, que habia hecho alto en el valle á las órdenes del gran maestre de Santiago, dispuesta á sostener el ataque de una y otra altura. Reforzados los españoles, volvieron al asalto con mayor resolución: saliéronles al encuentro los enemigos con no menor denuedo, y arrojadas las lanzas, cayeron sobre las filas de los cristianos espada en mano, y luchando cuerpo á cuerpo, hasta que caian juntos en los profundos abismos de la montaña. Ni se pedia, ni se daba cuartel. Nadie pensaba en sí ni en el botín, porque el odio, dice el cronista, era mas que la codicia. Entre tanto el cuerpo principal del ejército, encerrado en el valle, tenia que ser triste espectador de aquel mortal conflicto, oyendo la triunfante gritería de los enemigos, que segun costumbre de los moros se levantaba mas desahogada en lo mas recio de la batalla, sin que pudiera adelantar un paso en auxilio de sus compañeros, los cuales tuvieron que retroceder nuevamente ante sus impetuosos contrarios, volviendo á refugiarse detras de la vanguardia mandada por el gran maestre de Santiago. Pero allí se rehicieron con presteza, y reforzados, acometieron por tercera vez con tan denodado esfuerzo, que arrollaron cuanto encontraron por delante, obligando al enemigo, cansado, ó mas bien abrumado por la superioridad del número, á abandonar su posición. Al mismo tiempo los españoles tomaron la altura de la parte del mar á las órdenes del comendador de Leon y de Garcilaso de la Vega<sup>8</sup>, que habiendo dividido en dos trozos sus fuerzas, atacaron á los moros tan terriblemen-

<sup>8</sup> Este caballero, que tuvo parte señalada, así en los negocios militares como políticos de aquel reinado, descendia de una de las casas mas antiguas y principales de Castilla. Hyta (Guerras civiles de Granada, t. 1, p. 399), con mas impudencia que la de costumbre, le atribuyó un encuentro caballeroso con un sarraceno, que se cuenta de un antepasado en la antigua crónica de D. Alonso XI:

"Garcilaso de la Vega  
Desde allí se ha intitulado,  
Porque en la Vega hiciera  
Campo con aquel pagano."

Pero Oviedo con mucha razon desconfió de este cuento y etimología, y puso el origen, así de aquel apellido como del distintivo peculiar de la familia, en tiempos mucho mas antiguos que la época señalada en la crónica. Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 3, diál. 43.

te, por el frente y por la espalda, que los obligaron á retirarse á la inmediata fortaleza de Gebalfaro<sup>9</sup>. CAP. XIII.

Habiéndose hecho de noche antes de completar estos brillantes triunfos, el ejército no pudo bajar á la llanura contigua á Málaga hasta la mañana siguiente, despues que se tomaron las disposiciones para la colocacion del campo. La altura de la sierra, tan briosamente disputada, como punto de mayor peligro se dejó al cuidado del marqués duque de Cádiz. Se fortificó con buenos reparos guarnecidos de artillería, y quedó en ella un cuerpo de dos mil quinientos caballos y catorce mil infantes á las inmediatas órdenes de aquel caballero. Se construyó tambien una línea de trincheras en todo el declive de la sierra desde aquel reducto hasta la orilla del mar. Iguales obras, que consistian en un profundo foso y palizadas, ó en donde el suelo por su dureza no lo permitia en un parapeto de tierra, se construyeron por delante del campamento, que abrazaba todo el circuito de la ciudad, y completaba el cerco una flota de naves de guerra, galeras y carabelas, que á las órdenes del almirante catalan Requesens cerraba la bahía, y cortaba enteramente toda comunicacion por mar<sup>10</sup>.

El antiguo cronista Bernaldez se entusiasma al contemplar á la hermosa Málaga, rodeada de este modo por las huestes cristianas, cuyas poderosas líneas, estendidas sobre las colinas y los valles, la encerraban de un lado al otro del mar. En medio de este brillante campamento se veia el real pabellon en que se ostentaban ufanas las banderas reunidas de Aragon y de Castilla, pero que presentaba un blanco tan señalado para la artillería del enemigo, que Fernando, despues de haber estado muy espuesto, tuvo por fin que mudar de cuarteles. No perdian tiempo los cristianos en levantar baterías contra las del enemigo, pero tenian que trabajar por la noche para librarse del fuego de los sitiados<sup>11</sup>.

Las primeras operaciones de los españoles se dirigieron contra el arrabal de la parte de tierra. Confiaron el ataque al conde de Cifuentes, el mismo que habia sido hecho prisionero en la batalla de la

<sup>9</sup> Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 76.—Carvajal, Anales, MS., año 1487. 75.—Salazar de Mendoza, Crónica del

Gran Cardenal, lib. 1, capítulo 64. <sup>11</sup> Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., ubi supra.

<sup>10</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 83.—Pulgar, Reyes Católicos, cap.

Málaga es combatida por mar y tierra.

Brillante espectáculo.